

# ACTITUD DE UNAMUNO FRENTE A LA FILOSOFIA

POR

CARLOS PARIS A.

SIGNIFICADO PROBLEMATICO DE LA OBRA UNAMUNIANA  
EN LA ACTUAL CULTURA ESPAÑOLA

**H**ACE lustros que la obra unamuniana gravita problemáticamente en el ánimo de los españoles dotados de una mínima preocupación intelectual sentida sinceramente. El peso de su acción, sensible, sin duda, en el ámbito general de la cultura moderna, adquiere singular potencia en nuestra patria, no sólo por razones de radicación geográfica, sino por la pretensión explícitamente española de su mensaje. Piedra de escándalo erguidamente hincada en el suelo de nuestra existencia cultural más reciente, ante ella han cabido dispares actitudes, del culto a la repulsa. Difícilmente, empero, la fría indiferencia, si se ha recorrido su pensamiento con honradez y profundidad.

La aspiración unamuniana de siembra de inquietud en su lector (*si pudiese tenerte en mis manos te abriría el pecho y en el cogollo del corazón te rasgaría una llaga y te pondría allí vinagre y sal para que no pudieses descansar nunca y vivieras en perpetua zozobra y en anhelo inacabable*) (1) hácese realidad reflejada hacia su misma obra. Obra genuinamente inquietante. Hija de un pensador azorante, de difícil aprehensión, lleno de íntimas dificultades..., según ha sido apelado por Julián Marías (2).

La iluminación del pensamiento unamuniano con sus internas aporías, o aun la de la misma personalidad del autor oculta tras él, se ha convertido así en norte de una tarea inexcusable. Hacia él han apuntado repetidos intentos de meritorias mentes españolas, fieles a una honda llamada, captada desde personales ángulos. Como necesidad de salvar las posibilidades filosóficas existentes en Unamuno, en el caso de Marías; como afán por descubrir el significado subyacente a su problematismo, en el P. Oromí.

Una exigencia, sin embargo, postularíamos para todo escrito enfocado hacia Unamuno: la voluntad cálida y auténtica de com-

(1) Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2.<sup>a</sup> parte, cap. LXXII y LXXIII.

(2) Julián Marías: *Miguel de Unamuno*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1943. Página 7.

presión. No se puede encarar un caso de esta trágica complejidad con un afán puramente polémico, atendido más a la letra paradójica de su obra que al ánimo apasionada y oscura existente tras ésta. Así han marrado estudios inspirados, sin duda, en nobles móviles de ortodoxia religiosa; mezquinos, sin embargo, en su capacidad de íntimo entendimiento, humano y cultural, ante el hecho unamuniano.

Ciertamente, en su dimensión más auténtica, la incorporación superadora de la dramáticamente espléndida y tarada actitud unamuniana es tarea que en la entraña de nuestras almas hispánicas debe ser cumplida. Y es ello fruto de la índole peculiar de su postura espiritual, lanzada hacia los estratos más radicales de lo humano, según en este artículo ha de ser glosado. Si de nuestro hacer surge la puesta al día de España, la sincronización entre su alma eterna y las necesidades culturales de la vigente época, en el tuétano de nuestra realización estará salvado lo más medular y vivo del gesto unamuniano. Y en la paz luminosa y sosegada de la conquista conseguida se diluirá lo que en don Miguel fué agónico, turbio, angustioso. Lo que fué huella de su entorno, si no justificable, sí quizá, bajo su presión sombría, psicológicamente explicable, habida cuenta de la debilidad humana.

Es Unamuno, en efecto, elocuente expresión del «problema de España», tan certeramente glosado por Laín Entralgo. La pugna angustiosa entre una España eterna lánguidamente realizada, que no acierta a encajarse en la atmósfera histórica creada por Europa, y las fuerzas de actualización arrancadas ciegamente a su raíz secular. Equívocas interpretaciones han creído ver en este problematismo un índice de inferioridad española, llegando por ende a su negación. Cuando precisamente en esta agonía, lucha y no umbral de muerte, se cifra la mejor esperanza europea, si nuestro pueblo consigue realizar la síntesis medieval y moderna, superación del problema. En las profundidades del alma de Miguel de Unamuno luchan ambas tendencias desesperadamente, sin que la ola española que se levanta impetuosa llegue aún a las playas de un catolicismo cuya grandeza el pensador vasco no percibe en su encogido horizonte.

#### EL AMBITO ESPIRITUAL DE LA OBRA UNAMUNIANA

Ahora bien: la literatura dedicada a Unamuno se ha encontrado frente a un grupo típico de incógnitas en que su central problematismo se descompone: si situación precisa ante el problema

religiosa, estudiada por el crítico español José Luis L. Aranguren o por el argentino Hernán Benítez, por ejemplo; la calibración del enraizamiento auténtico o ficticio de su doctrina en el alma hispánica; la rigurosa sistematización de su pensamiento, en Julián Marías o en Oromí. Sería vario el elenco que se puede indicar. Aquí, empero, pretendemos llamar la atención sobre el problema decisivo subyacente a todo otro repertorio temático. El de la definición exacta del orbe en que su acción espiritual se mueve.

¿Qué es primordialmente Miguel de Unamuno? ¿Un filósofo? ¿Un literato? ¿Un político en el sentido más elevado? ¿Un místico heterodoxo, quizá? ¿En qué sector de la cuadrícula en que se acostumbra a dividir la cultura podría ser colocado el recio bilbaíno? Mucho habría indignado, sin duda, a don Miguel el sentirse tratado como un insecto que se encasilla por el entomólogo bajo la adecuada rotulación, previo examen lupa en mano. Esta reacción es un dato no despreciable. El caso es que inevitablemente el problema ha sobrevenido y que de su despeje pende en gran medida la calibración del significado último de su obra en el ámbito cultural.

No se trata, en efecto, de colgar una etiqueta, sino de captar el último sentido orientador de las líneas maestras en las concepciones unamunianas. La pretensión definitiva—¿lírica, rigurosa, agitadora?—que anima su cuerpo doctrinal.

Desde el punto de vista filosófico, el problema se transforma en la interrogación: ¿Es Unamuno propiamente un filósofo? ¿*Qué tiene que ver Unamuno con la filosofía?*, se pregunta Julián Marías (3). A todo intento de sistematización y crítica filosófica de su doctrina parece forzoso lógicamente anteponer la clarificación de esta cuestión proemial.

Ahora bien: no deja de resultar curioso el comprobar (en el examen de los textos consagrados a situar a Unamuno ante la filosofía) el asombro característico que en el filósofo produce la actitud unamuniana. Asombro, claro es, en el más amplio sentido de sorpresa o dificultad ante lo desusado, el cual con facilidad se transforma incluso en perplejidad. Se encuentra el filósofo, en efecto, en presencia de un hombre singularísimamente dotado para la tarea filosófica. Pletórico de intuición, sentido y profundidad. Que parece, sin embargo, apuntar sus dardos hacia otros blancos diversos de las perennes categorías filosóficas. Y ello no por incapacidad en la potencia de su brazo, sino por la heterogeneidad del

---

(3) Marías: *Op. cit.* Pág. 165.

norte que atrae centralmente su mirada. No se interesa Miguel de Unamuno por el kantismo, sino por el «hombre Kant»; ni por el yo absoluto de Fichte, sino por el «hombre Fichte», el «hombre Butler» o el «hombre Spinoza». Pero es capaz—la evidencia de tal realidad resplandece—de cruzar las aguas de sus sistemas para descubrir tras ellas el ánima que las ha alumbrado.

Ramiro Ledesma Ramos, en uno de sus trabajos filosóficos, ha insistido con tino en ese antinómico rasgo de capacidad extraordinaria y aparente desinterés de Unamuno ante la filosofía. Negando con una de las afirmaciones más radicales que se han hecho el título de filósofo referido al pensador vasco (4).

Recogiendo la impresión global que ante la obra unamuniana ha experimentado la posterior crítica filosófica, bien podríamos decir con precisión clásica que en Unamuno hay «materialmente» filosofía, pero su sistema no es «formalmente» filosofía. Al menos, con arreglo a los cánones formales que tradicionalmente presiden la cristalización de la obra filosófica. El P. Oromí ha sido uno de los que más han avanzado en la afirmación de la índole filosófica de la obra unamuniana.

Ahora bien: cuando nos encontramos en presencia de hechos de esta significación espiritual, lo que interesa no es una simplista o convencionalista categorización, sino el desenterramiento de las raíces sustentadoras de tales actitudes. La visión más superficial del caso de Unamuno creería se trata de una ausencia de auténtica vocación filosófica, en que se deriva hacia nortes puramente literarios. Huyendo del rigor para refugiarse en un mundo de imprecisas intuiciones poéticas cargadas de sentimentalidad.

No ha dejado de apuntarse esta interpretación y ciertamente el mismo don Miguel (no sólo despreocupado, sino aun ansioso de enredar en erróneas interpretaciones a quien por sus páginas rápida o frívolamente pase) ha podido dar pie a ella. Cuando nos dice, por ejemplo, incluso con machaconería, que la filosofía está más próxima a la poesía que a la ciencia o que ambas son «hermanas gemelas». Para entender tales frases se hace preciso, claro es, calibrar si en ellas es absorbida la filosofía en una poética carente de hondo significado, trascendente a la emoción sentimental, o, por el contrario, es la poesía la que resulta embebida por la filosofía, cargándose de un profundo sentido de revelación metafísica.

---

(4) Ledesma Ramos: *Unamuno y la filosofía* en «Escritos filosóficos». Madrid, 1941.

Es algo mucho más íntimo y definitivo lo que a la actitud unamuniana da pábulo. Con mayor energía penetradora procura dirigir Julián Marías sus disparos al afirmar como sustrato de la posición de Unamuno una singular situación histórica. La del hombre que descubre un reino nuevo para la especulación filosófica y en el asombro de su hallazgo no posee aún el sistema conceptual expresivo con que formular sus inéditas intuiciones. *Unamuno es el ejemplo característico del pensador que tiene el sentido vivo de una realidad recién descubierta, pero carece de los instrumentos intelectuales necesarios para penetrar en ella con la madurez de la filosofía* (5).

Pero tampoco, a nuestro ver, se trata de esto. No es, creemos, el suelo determinante de la posición de Miguel de Unamuno la incapacidad rigurosa que superficialmente se puede pretender, o la inmadurez histórica ante una situación filosófica nueva, más finamente indicada. Tales ideas no nos dan aún la clase genuina de la actitud unamuniana, centrada precisamente en la peculiaridad de su meta.

Lo característico de Unamuno es la carencia de un último ideal propiamente filosófico. La orientación de su esfuerzo hacia otros blancos. El manejo certero de un material filosófico ingente y auténtico, enfilado, empero, hacia algo que no es la pura filosofía. Pero tampoco, desde luego, la mera satisfacción en la formalidad estética, ajena a la pretensión de penetrar la realidad.

Miguel de Unamuno «pasa» por la filosofía hacia otro reino espiritual. Aunque, en verdad, en su paso la estela conceptual trazada conmueva medularmente el organismo de la filosofía. Es precisamente la última motivación de esta actitud la que es necesario captar.

En un primer plano aproximativo, Unamuno revela la insatisfacción ante la filosofía como fría dialéctica conceptual. En la entraña de su obra alienta la aspiración afanosa por llegar a una forma de saber filosófico en que éste empape calientemente las intuiciones concretas de nuestra existencia personal. La pretensión de unidad entre la filosofía y la vida encuentra en Miguel de Unamuno una de sus expresiones más rotundas. Así, su filosofía es manifestación de su historia personal y sus conflictos, indica Oromí. *La raíz última de todo su pensamiento filosófico es una raíz psicológica propia, una experiencia, una crisis religiosa personal* (6).

---

(5) Marías: *Op. cit.* Pág. 220.

(6) Oromí: *El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1943. Pág. 152.

Con esta actitud especulativa entronca en un orden ya más sistemático su exaltación de lo concreto, particularmente la concreción básica del hombre real y su correlativa desvalorización del pensamiento abstracto. De ellas se deriva el desagrado ante la idea mística, inaprehensible del Dios de las teodiceas clásicas, «primer motor», y el repudio de las vías lógicas encaminadas a la prueba de su existencia. Lacras centrales de su pensamiento ante la ortodoxia católica, dimanadas parcialmente de la desorbitación del afán de intuición viva, ánima de su actitud.

Estas ideas—como tales, rigurosamente filosóficas—desembocarán en una innovación en su forma de expresión. Lo cual, por lógica interna, deberá alejarse de la tradicional para buscar medios más aptos en que la intuición consiga primacía sobre el concepto, ofreciéndose en la desnudez más acerada. Con frecuencia será, pues, el vehículo de sus ideas la novela, la poesía, el drama o el escrito, situado a gran distancia de lo que es la monografía filosófica. El paralelismo con la revisión formal en los pensadores que auténticamente han vivido las mismas necesidades expresivas—Nietzsche, Kierkegaard, algunos de los existencialistas más próximos—es notorio.

El caso de los teóricos de lo concreto, en un orden puramente retórico, queda en una situación algo ridícula al lado de estos ejemplos de realización viva, levantando la duda sobre su íntima consecuencia.

#### LA PREOCUPACION SAPIENCIAL, CLAVE DE LA ACTITUD UNAMUNIANA

Hasta aquí, pues, la índole rigurosamente filosófica del ámbito en que Miguel de Unamuno se mueve parece casi asegurada. No es naturalmente el hecho anecdótico de que su pensamiento se nos dé a través de producciones de conformación literaria el que puede menoscabar su condición de filósofo. La historia de la filosofía atestigua una innegable elasticidad en los perfiles formales de la obra filosófica de creación. Es incluso la elección frecuente del aludido vehículo un testimonio de interior unidad.

Lejos de ser la huída de lo riguroso hacia el orbe de la ficción poética, es, por el contrario, la gravitación hacia un mundo espiritualmente más radical lo que hace problemático el carácter de filósofo en Miguel de Unamuno. En su obra entera alienta, en efecto, una encendida nostalgia: la de la recuperación de la «sabiduría». Sabiduría en el sentido agustiniano o en el bíblico, no tan sólo en el inferior, en el que el saber metafísico se convierte

en la primera forma sapiencial. Y ello no por los párrafos, algo imprecisos, en que Unamuno contrapone la sabiduría como saber acerca de la muerte a la ciencia, saber sobre la vida, sino por la orientación total de su pensamiento.

La preocupación por los temas humanos, o, mejor aún, por el hombre mismo real de «carne y hueso», con su amor a lo concreto, a la intuición viva y su repercusión en el ropaje poético de su producción, el anhelo agónico de inmortalidad, motor de su pensamiento, son trasunto de esta actitud espiritual. En ella propiamente se persigue algo más que la posesión lógica de la verdad, que la primera forma de sabiduría, el saber metafísico, la forma sapiencial adecuada que la filosofía puede darnos. Y Unamuno atraviesa los sistemas metafísicos o gnoseológicos a que en su obra, unas veces más sólida y otras más ligeramente, alude, hacia una ultimidad trascendente y superior. Radicada no ya en la arquitectura lógica levantada por los maestros de la filosofía humana, sino en el alma de estos creadores. en el «hombre Kant» o en el «hombre Spinoza». En la cual el saber no es pura contemplación de la verdad, sino «saber de salvación».

Por ello también los fríos intentos de sistematización del pensamiento unamuniano, encuadrando sus personales fórmulas en los viejos esquemas filosóficos, pierden en su tarea disectora la peculiaridad genuina de aquella doctrina.

La filosofía sola no puede erigirse, claro es, en la suprema instancia espiritual del hombre. Ni aun en Grecia, con el cúmulo impresionante de problemas que la erudición en cada avance descubre en el alma griega (testimonio bien próximo, el libro de To-var sobre Sócrates), donde la filosofía alcanzó el mediodía de su pureza en el espíritu de sus cultivadores, llegó quizá a este elevado magisterio. Mucho más en el mundo moderno, en que la vigencia ineludible del cristianismo imposibilitará todo intento plenario de recreación pagana. El ánimo cristiana de Unamuno no puede reposar en una solución filosófica. Pero tampoco su cristianismo agónico, que tantálicamente (impulsado por la entraña española de su sentimiento y frenado por el lastre de su teología protestante, como Hernán Benítez ha mostrado) se esfuerza, sin conseguirlo, por llegar al catolicismo, puede ofrecer un pedestal de reposo. Una solución al problema definitivo sobre la cual la especulación filosófica se levanta. A toda la obra unamuniana subyace esta angustia sangrante, que le comunica su inquietante inestabilidad. Percibida, en verdad, no sólo en su dimensión excelsa de perenne acercamiento a la Divinidad o peripecia inacabable, a

lo Lessing, tras la verdad, sino también en su faz atribulada de congoja ante lo irresoluto. Esta inquietud sin reposo le impide también el detenimiento en la faena filosófica, que por su insuficiencia sapiencial exige en un espíritu profundamente religioso el enraizamiento en una fe. A cuya luz adquiere la filosofía, en feliz síntesis, su ya más profundo alcance sapiencial.

Unamuno es en nuestro ambiente histórico un singular contrapunto de la actitud agustiniana. Tampoco San Agustín, al frente de la Patrística, busca directamente la sabiduría filosófica, manejando, empero, un mundo de conceptos metafísicos. Es el *don de sabiduría usando del discurso* (7), no el discurso por sí mismo. Un *pescador de hombres* y no un *constructor de verdades*, como Santo Tomás (8). Actitud que gana desde el punto de vista sapiencial, aunque descienda desde el puramente científico.

Pero lo que en San Agustín era conquista limpia, luminosa, sencilla en los dedos de la gracia, es en Unamuno contrapunto, tan sólo bronco y agónico anhelo; inmenso, por su intensidad y por la hondura de las fibras humanas que alcanza, las más íntimas; trágica, por su espantosa mutilación en un cristianismo extraviado, situado allende las fronteras de la Iglesia. Tan inestable en un alma española.

Por caminos sombríos, empero, se camina hacia la luz. Unamuno es en nuestra época uno de los testimonios más expresivos de insatisfacción. Nostalgia de nuevos horizontes. En el espíritu unamuniano han mordido algunas de las lacras más graves de la cultura moderna, según es fácilmente mostrable: el irracionalismo, el subjetivismo, el mismo materialismo científico. Y este contrapunto en un mundo de tinieblas de momentos más luminosos de la Historia puede anunciar nuevos mediodías. Calibrar este delicado significado de la obra unamuniana es alumbrar quizá su sentido más hondo en el pensamiento actual. Llevar a más felices resultados este auroral mensaje es tarea que gravita sobre nuestras inteligencias y nuestros hombros.

---

(7) Cfr. Maritain: *Les degrés du savoir*, Desclée de Brouwer, 4e. édit. París, 1946. Pág. 580.

(8) Maritain: *Op. cit.* Pág. 577.